

heróico pensamiento. Abandona su familia, sus hermanos, sus comodidades, y se decide á encerrarse para siempre en la mansión de la lepra. El Obispo colma de bendiciones al valiente sacerdote, y al despedirse de las playas de Molokai, no puede menos que dirigir la palabra á los infelices lazarinos diciéndoles:

«Hasta hoy, hijos míos, habéis permanecido solos: de aquí en adelante ya no gemiréis más en la soledad. Os dejo á vuestro padre, á vuestro hermano, un padre y un hermano que ama tanto vuestro bienestar terreno y la felicidad de vuestras almas inmortales, que no ha vacilado en pedir llegar á ser como uno de vosotros, á fin de poder vivir y morir con vosotros.....»

Así fué cómo desde el mes de Mayo de 1873 el padre Damián de Veuster, de treinta y tres años, fuerte, robusto, lozano, juró domicilio entre los lazarinos de Molokai, consagrándose á asistirlos y á mejorarlos.

Lo primero que llamó su atención y cuidado fué el vicio abominable de la embriaguez, fuente de tantos excesos, y á que los lazarinos se habían acostumbrado por buscar pasagero alivio á sus padecimientos. No omitió medio alguno para extirparlo; y ya con amonestaciones paternas, ya con instrucciones repetidas, les hizo renunciar al funesto brebaje, y educándolos inteligente y pacientemente, les hizo entrar en hábitos de trabajo, de orden y de obediencia, con lo que todo estaba ganado en el sentido del perfeccionamiento individual, para el consuelo de sus desgracias y para el mejoramiento físico y moral de su pueblo.

Pero si quería salvar las almas, no menos cuidaba de los cuerpos y de las mejoras materiales de la colonia: administraba pacientemente los medicamentos, y andaba en trato íntimo y familiar con sus enfermos; y como en su primera juventud había estudiado para ingeniero, se propuso remediar las dos necesidades más urgentes que eran la carencia de habitaciones y la escasez de agua. La falta de habitaciones era tal, que el mismo padre Damián, en los primeros meses de su permanencia, se veía obligado á dormir tendido bajo un árbol, un *pandanos*, que llegó á querer tanto, que en los días posteriores de su vida acostumbraba sentarse bajo su sombra á pasar los rigores de la siesta, y en sus últimos días dispuso que fuese sepultado junto á sus raíces. Allí, junto al templo que sombra aquel frondoso árbol, descansa ahora en medio de sus queridos lazarinos.

La actividad infatigable del padre Damián no tardó en levantar casas bien ventiladas y espaciosas, y lo que es más admirable, descubrió el origen de fuentes inagotables que proveyeron de agua suficiente para todas las necesidades de la vida. Los lazarinos empezaron entonces á gozar de cierto bienestar relativo: la enfermedad no desaparecía, pero sus desastres se aliviaban, y sobre todo, tenían constantemente junto á sí, un cariñoso servidor que los alentaba á soportar sus padecimientos, que disipaba sus tristezas con las dulces esperanzas de la fe, y que maravillosamente hacía nacer consuelos y delicias, por medio de la Religión, de esa misma agonía lenta en que se consumían: y fué tanto lo que los lazarinos apreciaron la compañía del padre Da-

mián, que se cuenta que preguntándose á uno de ellos si quería curarse á condición de dejar al querido padre Damián, respondió inmediatamente que ántes que abandonarle prefería no curarse. ¡Prodigio de amor y de gratitud!

Los resultados alcanzados pronto se hicieron visibles, y se pudo notar el cambio operado por la influencia del hombre á quien animaba la fe religiosa y la caridad. El bienestar material y el perfeccionamiento moral de los lazarinos son hechos innegables que se revelan al mundo, y que el mundo recibe atónito admirando la grandeza moral del sacerdote católico que ha llevado á cabo la regeneración de tantos hombres con la misma sencillez con que cualquier individuo cumple el deber más trivial. Calurosa simpatía brotó de los corazones, y multitud de personas enternecidas por el espectáculo de tan grande abnegación, se propusieron ayudar al apóstol de los leprosos: católicos y protestantes rivalizaron en actos de cooperación; pero la admiración llegó á su colmo cuando llegó á Inglaterra la terrible noticia de que al fin el heroico misionero, después de doce años de servicios íntimos é inmediatos á los pobres enfermos, había sido invadido por el funesto contagio. Fué una explosión de admiración mezclada de dolor y de sorpresa.

Un hombre eminente, un artista distinguido, Mr. Clifford, aunque protestante, quiso ir personalmente á Molokai á contemplar ese prodigio de fraternidad consumado por un hombre que había sacrificado su juventud, su salud, su vida, por sus hermanos. Tan pronto como se traslució su pensamiento, multitud de personas se apresuraron á traerle

presentes qué llevar al padre Damián y á sus leprosos; y fueron tantos los donativos, que Mr. Clifford se vió obligado á fletar un buque, y cargado con todos estos testimonios de cariño especial, se embarcó en Noviembre de 1888 para Honolulu, y de ahí para Molokai, en donde por fin se encontró con el padre Damián. Cedemos aquí la palabra al ilustre viajero para referirnos sus impresiones: en una carta suya recientemente publicada, de fecha 26 de Enero del año corriente, se lee: «El padre Damián es un hombre tan facil de amar, como de venerar.... Dichoso, contento, afectuoso, sencillo, fuerte y hábil trabajador, carpintero, excelente ingeniero civil, organizador. El lazarino le tiene ya marcado profundamente..... El domingo pudo cantar la Misa, lo que hacía meses no podía verificar. Tiene el semblante contento, y sin embargo apenas puede imaginarse lo que debe ser para el corazón, para los nervios, ese contacto permanente con esta espantosa enfermedad, y así trabajar, como lo hace de todos modos é infatigablemente..... El padre Damián, así como los padres que ahora le acompañan, viven con todos esos pobres leprosos en los términos más íntimos y más afectuosos: están con ellos en contacto perpetuo, y no solamente los cuidan hasta la muerte, sino que los sepultan y entierran con sus manos.....»

Más detalles pudiéramos dar de tan gloriosa vida, pero nos falta espacio y tiempo: solamente añadiremos que poco después de esta visita, el Santo Sacerdote fué llamado por Dios: el 13 de Abril recibió la Santa Comunión por última vez, y el día 15 falleció como mueren todos los Santos. Con esto,

lectores queridos, me parece demostrado que todavía hay Santos, y que los Santos son los ejemplos más elocuentes de fraternidad.

Mr. Alberto Dubois.

Noviembre 3 de 1889.

Pocas semanas ha que recibimos con inefable placer la carta en que dos deudos nuestros que viajan por Europa, nos comunicaron la benévola acogida que les dió en su castillo de Lacombe Mr. Alberto Dubois, abogado eminente del foro francés, autor de la magnífica Historia del Derecho Criminal, y único sobreviviente de esa brillante pléyade de escritores católicos que brotaron en el suelo fecundo de la noble Francia, á raíz de la revolución de 1830, y que con tanto denuedo se consagraron á servir á la Religión, á la Patria y á la Libertad; y cuando todabía nos recreábamos suavemente con la narración de las cristianas escenas de la vida de familia en el castillo de Lacombe, los periódicos nos traen la dolorosa nueva de la muerte del ilustre escritor que á la edad de ochenta y cinco años entregó su alma á Dios con la misma dulzura, paz y tranquilidad con que lo hiciera una virgen pura ó un niño inocente.

Alberto Dubois, según las notas que tenemos á la vista, pertenecía á una antigua familia del Definado en que el culto de la justicia, el amor al deber, y la firme adhesión á la fe católica eran tradicionales, y por esto desde temprana edad se ligó con los vínculos de inquebrantable amistad con los escri-

tores católicos más eminentes del siglo XIX; mas, uniendo una gran firmeza de principios con una moderación á toda prueba, se alistó en la escuela de Monseñor Dupanloup, que viene á ser en el terreno político religioso lo que la escuela de San Francisco de Sales es en la mística. Fué así como se ligó tan estrechamente con las eminencias de esta escuela que tan grandes servicios ha prestado á la Iglesia y á la sociedad en este siglo, y que tiene órganos tan importantes en la prensa católica: fué amigo íntimo de Monseñor Dupanloup, de Falloux, Lacordaire, Foisset y Montalembert.

Alberto Dubois vivía en su castillo de Lacombe con su hija, eminente escritora también, con un nieto de diez y ocho años, y con sus familiares y domésticos, gozando de todos los encantos de la vida intelectual y de las dulces horas de dicha que proporciona la piedad práctica en el seno de la vida de familia; pero allí, en el secreto de su hogar, se interesaba como el que más en el porvenir de todas las cosas nobles y grandes, contando entre ellas como primordiales, las causas de la Iglesia y de la Patria. Todas las mañanas, él personalmente hacía las oraciones de la mañana en unión de toda la familia y de los amigos que ocasionalmente eran sus huéspedes, y por la noche era el alma de la agradable y jovial tertulia, en la cual se gozaban todas las distracciones del espíritu y los placeres de la conversación francesa, modelo de amenidad y de cultura. Él también hacía personalmente la lectura de los libros más recomendables, en el salón del castillo, con todo el entusiasmo y sensibilidad de un joven que empieza á vivir.

Un hermano y un sobrino nuestro (1) tuvieron la alegría de compartir dos días la hospitalidad del bello castillo de Lacombe y de ser testigos de estas suaves escenas de la familia cristiana que tanto calientan y emocionan el corazón. El último día de su permanencia fueron invitados por Mr. Dubois á sellar dignamente su amistad comulgando juntos con toda la familia en la piadosa capilla del castillo, en la cual se reunían todos diariamente por la mañana y en la noche.

Cuatro días después, ¡ay! la muerte llamaba á las puertas de aquella dichosa familia para sumerjirla en el más profundo dolor. En la mañana, una fuerte opresión en la región del corazón hizo comprender la gravedad del caso: el respetable anciano no hablaba; pero estaba en su perfecto sentido y conocimiento, y el abate Dadolle, profesor de la Universidad Católica de Lyon, pudo administrarle la absolución y la indulgencia plenaria; y su virtuosa hija, deshecha en llanto, pero llena de fortaleza, le decía: —«muy pronto volveréis á encontrar allá arriba á los que os han precedido..... Volveréis á ver á Monseñor..... Esta fué la última palabra que oyó, y espiró. Su hija sin duda se refería á sus amados amigos que le habían precedido en el camino de la verdadera vida, y sobre todo, á Monseñor Dupanloup con quien estuvo ligado por los vínculos más estrechos del entrañable cariño y fidelidad que arraiga la amistad cristiana.

Nosotros que nos gloriamos de ser los últimos y más humildes admiradores de la escuela de Mon-

(1) D. Audomaro Molina y D. José T. Molina Avila.

señor Dupanloup, no podemos menos que consagrar un recuerdo sincero al último hombre de esa falange de nobles y generosos católicos que consagraron su vida á la gloria y servicio del catolicismo. En nuestro propio nombre, y en nombre de los admiradores de sus obras (que también existen en este rincón del mundo,) depositamos sobre su tumba un recuerdo y dirigimos al cielo una plegaria.

Al mismo tiempo, desde este nuestro lejano país enviamos á la honorable familia del finado, y especialmente á su amable y virtuosa hija, el más sentido pésame, y las expresiones más calorosas de simpatía en medio de su honda tribulación.

Los católicos en Norte América.

Agosto 10 de 1890.

Un eminente escritor y orador elocuente, el Vizconde De Meaux, visitó en el año pasado la gran República, haciendo observaciones que son verdaderas lecciones dignas de meditarse, especialmente en los pueblos que, como Mexico, llevan unidas creencias muy arraigadas, instituciones democráticas, y tradiciones republicanas: son ejemplos dignos de nuestra imitación, y por esto nos complacemos en ponerlos á la vista de nuestros lectores.

Los católicos americanos tanto seglares como eclesiásticos, se distinguen especialmente por el amor á su país y á sus instituciones, y no pierden ocasión de manifestarlo con sus hechos y palabras. Prueba de esto es el arzobispo de Filadelfia, que en un discurso notable por sus grandes y nobles ideas,

ha reivindicado para los católicos su sinceridad patriótica y adhesión á la constitución americana, haciendo notar que el progreso del catolicismo en su país se debe en primer lugar á Dios y á sus ministros, y luego á las instituciones libres de los Estados Unidos, bajo cuyo régimen la Iglesia ha podido emplear todas las virtudes y todas las facultades naturales del hombre en la defensa de las virtudes sobrenaturales. En un arrebató de patriotismo, el Ilustre Arzobispo llegó á mostrar una afinidad misteriosa entre la democracia cosmopolita de los Estados Unidos que se asimila las razas más diversas, emancipándolas, y la Iglesia Católica llamando á todos los hombres sin distinción de origen á la libertad é igualdad de los hijos de Dios.

El Arzobispo de Saint Paul, en otro discurso igualmente notable dice: «Amemos á nuestro siglo y preparemos el que se aproxima. Amemos nuestro siglo, puesto que es el tiempo que Dios nos da para trabajar. A través de sus agitaciones sepamos discernir sus tendencias: aspira á la luz, á la libertad, á la fraternidad entre los hombres. Cuando buscando el objeto de su tendencia, ha extraviado sus caminos, la Iglesia ha condenado sus extravíos; pero á la Iglesia corresponde también darle la mano para cumplir sus destinos, salir al encuentro del pueblo, enseñar al capital sus deberes para con el trabajo, dar una satisfacción legítima á las necesidades y sentimientos populares.»

El lenguaje de los seglares se asemeja al de los obispos: unos y otros no cuentan sino con la libertad y el derecho común para extender su culto: su iglesia se ha engrandecido á la par de su patria: el

desarrollo de ambas les parece maravilloso, y por esto es que cristianos y ciudadanos, en nombre de su fe y patriotismo, proclaman las instituciones de los Estados Unidos como las mejores de los tiempos modernos, y en este respecto no hay diferencia de acento ni de lenguaje entre sacerdotes y seculares: todos hacen especial ostentación de sus sentimientos más sinceros de lealtad republicana.

Si esto es así en el terreno patriótico, no lo es en el terreno puramente político, en el cual una diferencia bien marcada de conducta se diseña. Los seglares se alistan ora en las filas del partido republicano que tiende á ampliar las atribuciones del Gobierno Federal, ora en los cuadros del partido demócrata que sostiene la soberanía de los Estados, y ataca toda disminución de sus derechos. Los sacerdotes y obispos, al contrario, evitan cuidadosamente mezclarse en los partidos, en las luchas electorales y en las contiendas puramente políticas, si bien están siempre listos para asegurar la justicia y la paz social, ó para mejorar la condición de los trabajadores.

Y estos católicos que así llevan á la vida pública tantas honrosas virtudes, son modelos en la vida privada y en las prácticas religiosas. Allí se ve la iglesia y la escuela llenas; los sacramentos frecuentados; el culto asiduamente practicado. En 1789 eran cuarenta mil católicos; ahora son diez millones. En 1789 tenían un obispo y treinta sacerdotes; hoy tienen ochenta y cuatro obispos, ocho mil sacerdotes y diez mil templos. Tienen escuelas parroquiales dirigidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, asilos de huérfanos, patronatos de

aprendices, asociaciones de caridad, de auxilios mutuos y de pura devoción; sociedades de temperancia y una célebre sociedad de seguros sobre la vida llamada «Catholic benevolent legion» que está esparcida por todos los Estados de la Unión. Sólo en Nueva York hay cuarenta y nueve conferencias de San Vicente de Paul que socorren anualmente cinco mil familias, y hay varios hospitales y asilos; pero especialmente son de notarse cuatro establecimientos que los católicos con solo donativos sostienen en New York á saber: la Caja de Ahorros establecida para salvar las economías de los pobres, y que en un solo año ha recibido en pequeños depósitos treinta y dos millones de pesos, y ha pagado un millón de réditos á sesenta mil depositantes; un Hospicio de Expósitos que sirve á la vez de casa de maternidad y de refugio para las madres pobres que dejan allí á sus hijos al cuidado de las hermanas, y vuelven diariamente á alimentarlos: en veinte años este útil establecimiento ha salvado veinte mil niños y más de cinco mil madres; el Protectory donde se recoge á los muchachos vagabundos, á los menores incorregibles, á los pequeños criminales que la policía ó los tribunales le confían, y en sus talleres vastos y variados, los transforman en obreros modelos: mil quinientos treinta muchachos y setecientos treinta y cinco muchachas crecen en medio de un bello parque, en donde se respira un aire saludable, y en dos casas contiguas dirigidas por religiosos y religiosas; en fin, la Misión de la Virgen Inmaculada para la protección de niños abandonados, recoge á los que son víctimas, no del vicio, sino solamente de la miseria, los abriga, los envía al campo á fortificarse el

euerpo y el alma; luego los coloca como aprendices en los mejores talleres, los patrocina y les ofrece en el centro de New York una casa de familia donde habitan, y á donde regresan todos los días después del trabajo: un sacerdote irlandés abrió este asilo, y otro sacerdote irlandés lo dirige actualmente, y no tiene más recursos para sostenerse que las limosnas de cada día: tiene ahora á su cargo mil trescientos sesenta y tres pupilos.

Para conservar de un extremo á otro de la Unión esta vida cristiana y caritativa, las vocaciones religiosas se propagan, y todos los institutos religiosos viven con la mayor libertad. Allí se encuentran benedictinos, trapenses, dominicos, franciscanos, jesuitas, sulpicianos, redentoristas. En medio de esa sociedad estrepitosa, y en medio del torbellino de los negocios, se levantan claustros en donde oran y se mortifican los carmelitas. Las Ursulinas, las Damas del Sagrado Corazón, las Hermanas de la Caridad, educan á las niñas: las hermanas del Buen Pastor amparan á las cortesanías arrepentidas.

Esos son los frutos que da la Iglesia Católica en los Estados Unidos, en todo el vigor y belleza de la juventud. En medio de un pueblo que crece cada día en número, en riqueza y en fuerza, no cesa tampoco de crecer ella misma. Ella misma sabe lo que le falta, y trabaja en adquirirlo: combate todos los vicios del pueblo y saca partido de todas sus virtudes: la Iglesia Católica de los Estados Unidos no conoce el cansancio ni el desaliento. Con razón el Padre Fidelis, pasionista, refiriéndose á la Iglesia, en un discurso pronunciado en Baltimore últimamen-

te, decía: «¿Qué os parece de la esposa del Cristo? ¿Tiene la cara arrugada, doblada la espalda, el paso vacilante? ¿Lleva adornos enmohecidos y vestidos carcomidos por gusanos? ¿Os parece que teme fiarse á nuestra civilización moderna? La Iglesia Católica no cambia nunca ni de carácter, ni de misión, ni de doctrina, ni de gobierno, porque estas cosas son de Dios; pero cambia de vestido, de aire, de equipaje, según las razas y los pueblos. De la misma manera que la Iglesia de la Edad Media tenía sus diferencias respecto de la Iglesia de los santos Padres, así se ha hecho americana, sin cesar un instante de ser católica, y trayéndonos lo que le pertenece en propiedad, ha vivificado y ennoblecido nuestro carácter nacional.»

Por el Africa.

Noviembre 9 de 1890.

El siglo XVI se señaló en la Historia de la Humanidad por el descubrimiento de la América que hasta hoy ha quedado como el acontecimiento más memorable de aquella época de grandes proezas. Los últimos lustros de nuestro siglo se señalarán también por otro suceso no menos notable: el descubrimiento de Africa. Sorpresa será para nuestros lectores oír en pleno siglo XIX que se trata todavía del descubrimiento del Africa. ¿Cómo pues? Este continente, ¿no era conocido desde la más remota antigüedad? ¿No en sus playas se desarrolló la cultura cartaginesa? ¿No sus ardientes arenas fueron testigos de la lucha gigantesca en que tan

mal parada salió la fe púnica? Así es en verdad, pero, á pesar de ello, en más de veinte siglos que han pasado, el Africa ha permanecido desconocida, y al presente es cuando se ha empezado á comprender que en lo interior de este continente hay todo un nuevo mundo que seduce la imaginación con sus fértiles llanuras, sus grandes montañas, sus misteriosas florestas, sus lagos como mares, sus ríos poderosos y de impetuosa corriente.

Hasta hace poco se tenía una idea muy inexacta del Africa, á la cual nos imaginábamos como una comarca estéril, despoblada y salvaje, en que si las costas eran apenas habitables, el interior debía ser un sepulcro seguro. Los viajes y exploraciones de viajeros intrépidos y de misioneros abnegados nos han venido á revelar la existencia de poblaciones tan numerosas y extensas como las más célebres de Europa y América, de riquezas no explotadas y que esperan la mano del hombre civilizado para convertirse en fuentes inagotables de producción.

En una palabra, un continente nuevo se ha ofrecido á la ambición de los hombres emprendedores y poderosos, con sus recursos inmensos y no explotados.

Hé aquí por qué se han suscitado en estos últimos años respecto del Africa las mismas competencias y rivalidades internacionales que dieron lugar á tantas luchas sangrientas cuando el descubrimiento de la América. Lo mismo que entonces las cancellerías se cruzaron reclamaciones, los gobiernos han fruncido el ceño, han brotado amenazas, se ha llegado á punto de encender la guerra por disputas de posesión ó de influencia en el territorio africano:

se han celebrado congresos, y por último las naciones han acabado por hacer lo que Alejandro VI hizo para evitar los episodios de una lucha sangrienta.

Como este Papa señaló, cual árbitro internacional, los límites á las empresas colonizadoras de España y Portugal, así las naciones modernas reunidas en Congreso se han marcado recíprocamente límites para su poder é influencia en el territorio africano, dividiéndose entre sí el continente para el trabajo de civilizarlo.

Pero antes que los gobiernos europeos y anticipándose á sus propósitos, la Iglesia Católica había fijado su atención en el continente africano, ideando los medios más prácticos de hacer entrar á su numerosa población en las vías de la civilización cristiana, librándola de las inéguas plagas que la embrutecen y la arruinan: la esclavitud y el paganismo.

El mahometismo fué una desgracia terrible para el Africa porque arraigó como institución social la esclavitud, y además, porque convirtió á todo el país africano en fuente productora de esclavos y de eunucos para los serrallos y las casas de todos los mahometanos poderosos y ricos del Asia. Así es que no solamente se ha encontrado en Africa la esclavitud como institución social indígena, sino que periódicamente todos los años sufre una invasión de árabes mahometanos esclavistas que entran á sangre y saqueo en las poblaciones, para reducir al cautiverio niños y mujeres y luego venderlos como esclavos en los mercados musulmanes. Y en estas luchas no sólo hay que lamentar la muerte de los innumerables habitantes sacrificados por el hierro

musulmán, sino también el sinnúmero de víctimas de los malos tratamientos infligidos á los cautivos al trasportarlos al mercado.

Y si es triste la condición de los negros africanos por los sufrimientos de la esclavitud, no lo es menos por la carencia de religión, pues en su generalidad apenas conservan ligeras nociones de lo sobrenatural.

Era una necesidad, pues, que la Iglesia tomase parte activa en la redención de estos desgraciados, y ya desde el siglo pasado misiones numerosas se habían establecido en todo el litoral de Africa. Revelada la existencia de poblaciones inmensas en el interior, en lo que se llama Africa ecuatorial, fué una necesidad enviar falanges de intrépidos misioneros que las evangelizasen.

Pío IX primero, y León XIII después, se han ocupado con empeño en esta obra, y al fin fué escogida para realizarla la Congregación llamada de los «Padres Blancos,» institución nueva y llena de vida que se debe á la fecunda iniciativa y activo celo del Cardenal Lavignerie, cuyos trabajos para la abolición de la esclavitud admiran al mundo entero. Esta congregación tiene por objeto evangelizar las regiones más incultas y salvajes del Africa, y es tal el espíritu de sacrificio y caridad que anima á sus miembros, que para quitar todo obstáculo á sus tareas no sólo aprenden los idiomas africanos, sino que abandonan los vestidos y alimentos europeos, se visten como los negros y se alimentan como ellos. Estos generosos misioneros han penetrado al interior del Africa por todas partes, con la cruz en la mano y con el corazón lleno de fe y de caridad: no les arre-

dran ni los ardores abrumadores del clima, ni las crueldades que contra ellos ejercen los árabes esclavistas, ni las molestias de viajes por terrenos incultos y sin caminos. Según narraciones oculares que tenemos á la vista, á veces han tenido que tardar en el camino un año entero, y esto atravezando á pié infectos é inmensos pantanos formados por las lluvias que hacen salir de madre á los ríos é inundan las frondosas selvas por las cuales á veces ni los rayos del sol atraviesan. Allí en esas ciénagas sin término envenenan su sangre con miasmas deletéreos que los matan de fiebres malignas, ó bien son molestados constantemente por picaduras de ciertas moscas que los indígenas llaman *tzetzé*.

Y si sólo tuvieran que luchar con las inclemencias del clima y de los elementos, pudieran encontrar algún consuelo estos mártires de la civilización; pero además tienen que sobrellevar los tributos onerosos que les exigen los reyezuelos esparcidos por el territorio y los ataques periódicos de los árabes esclavistas que provistos de ejércitos numerosos van merodeando por todo el país, sitiando las poblaciones hasta reducirlas al cautiverio para convertirlas en esclavos.

El daño que hacen los árabes esclavistas en los habitantes de las Misiones es tan inícuo, que los «Padres Blancos» se han visto obligados á organizar la defensa de los neófitos, constituyendo cuerpos de ejército dirigidos y mandados por valientes y animosos jóvenes europeos que se han prestado animados por un espíritu de fe, á acompañar á los misioneros para representar en las nuevas sociedades cristianas nacientes el papel que los Caballeros de

Malta representaron en la Edad Media en las luchas con los mahometanos.

Merced á todos estos trabajos, ya el interior de Africa está sembrado de varios centros cristianos cuya influencia se va desarrollando y extendiendo cada día.

Muchos misioneros han muerto, ya sacrificados por los árabes, ya martirizados por los reyes paganos del país, ó presa de la fiebre. De esta última manera falleció con grande edificación un joven sacerdote, jefe de la misión de Tanganjica á donde se dirigía cuando le sorprendió la muerte. Sus últimos momentos están pintados de un modo muy palpitante en una carta de pésame dirigida á su madre, y que tenemos á la vista. Dice así: «Su agonía fué dulce: extendido sobre una estera, bajo su tienda de campaña, en el bosque, parecía que se preparaba para dormir; y en efecto, se durmió en el sueño de la paz, con la calma y la alegría de un santo, ofreciendo su vida con trasportes de caridad por la misión que tanto amaba.

«En el mismo lugar donde murió, se celebraron los funerales de vuestro hijo, Señora; sus nueve compañeros rodeaban su cadáver cantando el oficio de difuntos. Allí mismo se celebró también el santo sacrificio por este apóstol, y aun, me atrevo á decir, por este mártir del Africa Ecuatorial.

«Una cruz señala el lugar donde yacen sus preciosos restos, y los otros misioneros, cuando quieren templar su alma con el espíritu de sacrificio y abnegación que necesitan para no desfallecer, van á visitar esa tumba solitaria en medio de la floresta.»

La vista y consideración de estos heroicos tra-